

LA CLASE DE METAFISICA

Por RAFAEL OSORIO.

En toda institución humana existe un alma, por la cual, aquella vive y perdura, y la del Colegio del Rosario se ha ido engrandeciendo y purificando a través de los siglos. En aquel recinto venerable, vive desveladamente el espíritu.

Al penetrar por vez primera en el claustro memorable, sentí el recóndito sacudimiento que nos conmueve al adentrarnos en la sombra de los templos; presentí entonces que algo solemne iba a integrarse en mi vida para siempre. El alma, que algunos elementales conocimientos habían abierto a lo desconocido, aún no comprendía las elevadas regiones adonde alcanza el vuelo espiritual; pero al sucederse de los días, que se iban poniendo tras aquellos muros seculares, nuestra existencia se iba fecundando, como Dánae, bajo la divina lluvia de oro. El ambiente de aquel claustro, nos iba transformando poco a poco, insensiblemente, sin alarmarnos; no era una disciplina humana la que iba mandando nuestro ser; quizá de ese modo, nuestra juventud se hubiera rebelado ante el extraño sometimiento. Pero una voz, que se desprendía de aquellas serenas arcadas, de aquellas inscripciones conmemorativas, iba diciendo palabras a nuestro interior, voces ocultas que nos invitaban a una lejana grandeza que nos pertenecía. Yo sé que en el fondo de todo el que ha transitado por aquel colegio se encuentra, inevitablemente, el resplandor de aquella llama perdurable; y ese cariño, escondido pero fiel, que todos hemos sentido por él, se renueva y cobra forma, cuando se acerca el momento de abandonar aquella agusta casa.

No sé si mis compañeros comprendieron que allí hay algo que mantiene vivo aquel fuego sagrado del espíritu: es la clase de metafísica, que le corresponde dictar al rector. Antes de ingresar al Co-

legio del Rosario, ya mi hermano me había hablado sugestivamente de aquellas brillantes lecciones, y la figura de monseñor Castro Silva, se me aparecía con un lejano prestigio. Por fin logré penetrar en sus aulas y escuché con atención a los profesores, que explican con gran aplicación y esmero los cursos del bachillerato; por una inevitable necesidad de orden y método, en aquellas clases, la atención se encuentra encerrada por una rígida exposición de las materias, que fija el entendimiento sobre un objeto, sin apartarlo de allí, hasta que aquél lo abarca y lo comprende. Por eso, no puede menos de sorprenderme, cuando oí por primera vez el último curso de filosofía, o sea, la metafísica, que es la clase con la cual se pudiera decir que rematan los estudios de segunda enseñanza; un ligero desconcierto sentí al mirar cómo la mente, acostumbrada a transitar por caminos de disciplina pedagógica, era arrebatada de pronto, por palabras nuevas, que mezclaban en un caos aparente todas las cosas del universo.

El patio estaba inundado de sol; todo el claustro vibraba bajo la viveza de la luz; un jardincillo de rosas y claveles, que circunda la estatua del fundador, era la única ternura que vivía en el centro de aquellos muros adustos; yo esperaba con una vaga impaciencia que el pregonero de clases anunciara el momento esperado. Las once de la mañana; hasta el estudio llega una voz, después de una seca campanada: ¡Metafísica...! Vamos saliendo apresuradamente los estudiantes de sexto año de bachillerato y llenamos el gabinete de física. Un momento después, monseñor, sobrio, plucro y severo, atraviesa el corredor, desciende la escalinata de piedra, penetra en el aula. Allí un barandal de madera con sus columnatas, separa la cátedra, de los bancos estudiantiles. Después de invocar la Sede de la sabiduría, todos nos sentamos en silencio.

“La metafísica, empezaba monseñor sin ningún exordio, es la ciencia del ser y del parecer”, y citaba como antecedente la sabiduría socrática; aquello era sencillo para un estudiante, que había cursado los primeros años de filosofía; “o, continuaba monseñor, el arte de hablar de todo sin saber de nada”; esto era ya audaz y pedante para nuestra ignorancia, pero era indudable que nuestra curiosidad encontró allí la primera puerta que le prometía una vasta región de ansiados conocimientos; aún no sabía yo hacer dis-

tinción entre la ciencia y la verdadera sabiduría y aquella frase me produjo un gusto escéptico; después he reconocido cuán cierto era aquello y cómo el espíritu filosófico nos ponía al alcance todas las verdades.

Después de algunos años que han transcurrido, no recuerdo con precisión todos los temas que trató en aquella primera clase; otras vinieron y de todas ellas me ha quedado un solo y único recuerdo: la clase de metafísica. Un día eran los primeros principios, y se afirmaban entonces categóricamente aquellos axiomas, sin los cuales era imposible toda ciencia o cualquier especulación. Otro día, el escepticismo, y la disertación arrancaba de Grecia, pasaba por Roma, se detenía en el castillo de Perigord y hablaba con Montaigne; entonces refería en una amena narración la vida del autor de los *Ensayos*. Ya era el relativismo; la exposición empezaba con la historia de este sistema filosófico, pero de pronto se interrumpía, discutía sus errores, descubría su profunda verdad y entonces venían las digresiones y los ejemplos. Los cimientos de aquella doctrina se asentaban en la armonía universal; "imágínense ustedes, decía, que nuestros sentidos decuplicaran su capacidad perceptiva; todo este mundo que solemos contemplar, se descompondría y la realidad sería otra; los ojos exagerarían la visión de las cosas, apartándola de la figura del objeto, para presentarle la composición de la materia; el olfato percibiría olores desconocidos haciéndose insoportable; se imaginaba en ese momento que el hombre tuviera el olfato del perro; de pronto, monseñor imitaba aquel animal; husmeaba por los rincones de la clase y en una mímica admirale reproducía todos sus movimientos; luego se refería a un libro de Mark Twain, para explicar el mismo asunto, traía a Rabelais, a Einstein y la teoría de la relatividad y aumentaba los ejemplos en un alarde admirable de imaginación.

Alguna vez discurría del sistema kantiano; el entendimiento estaba prevenido y desconfiaba de la claridad de aquel autor; pero monseñor con un paradigma sencillísimo nos familiarizaba con ese mecanismo de la mente, con el cual las categorías kantianas asían y se apoderaban de las sensaciones del mundo; figuraba aquéllas en los acomodadores de un teatro, que disponían de la colocación del público; del mismo modo, las categorías siempre dispuestas, reco-

gían y ordenaban las percepciones de las cosas. Monseñor se detenía; ceñido con el brazo a una columnata exclamaba: "Quisiera que Kant estuviera aquí oyendo esta explicación de su sistema; con esa imaginación tan pesada de los alemanes..."

Las digresiones eran la esencia de la clase; ante una cuestión que le proponía un estudiante, se apartaba del discurso principal, perdiéndose en disquisiciones y conjeturas. Ay de que alguno hiciera menosprecio de las disciplinas filosóficas y de su utilidad, pues él afirmaba la necesidad de ordenar la vida con los principios verdaderos, y ponía ante los ojos el peligro de ciertas doctrinas, que seguidas en la práctica, producían las grandes tragedias humanas; nos refería entonces el discípulo de Paul Bourget; ese día, todo el mundo escuchaba embelesado; qué modo aquél de referir una historia; se sucedía ésta a través de la elegancia castiza de las frases, que redondeaba con una íntima voluptuosidad; sus manos trazaban sobre un tablero imaginario todos los personajes; de ellas iban saliendo situaciones, ademanes, fisonomías, como los objetos ocultos de las de un prestidigitador.

Cuando monseñor penetra en el salón de metafísica, pierde toda su acostumbrada austeridad; allí se transforma; deja de ser el rector del Rosario, para convertirse en el orador; ya no se reconocería en él al hombre apacible que se acerca por momentos al período de la serenidad; una prodigiosa vitalidad renace en él y apenas se le verá como una prolongación del elocuente académico o del magnífico improvisador del aula máxima. Las manos, el cuerpo, el rostro, van siguiendo vertiginosamente el curso de la palabra, en tranquilos o violentos ademanes; atraviesa rápidamente el salón, se detiene repentinamente, para luego deslizarse a lo largo de las columnatas, apostrofando en tono oratorio a algún alumno espantado; pocos oradores conocen como él los secretos de la mímica y está de acuerdo en que hubiera hecho un excelente actor; claro, como que para algo se han estudiado dos años de declamación en la *Comédie Française*.

Hoy no quiera monseñor tratar del programa de filosofía; está un poco fatigado; entonces le preguntará a la clase: "¿De qué quieren que les hable hoy?"; alguien dirá que del psicoanálisis, otro que de Shakespeare, alguno que de espiritismo; y monseñor se estará ha-

blando, durante tres clases consecutivas de la teoría freudiana, hasta dejar satisfecha la joven curiosidad científica. Le agrada la polémica, hasta el punto de sólo dirigirse hacia aquellos discípulos que le interrogan asiduamente; pero en aquel recinto, donde se ventilan todas las dudas, con generosa amplitud, hay ciertas palabras sagradas; no pronunciéis sin respeto el nombre del Quijote, no invoquéis sin solemnidad la estética, porque el maestro os impondrá silencio, bajando la mano; esos vocablos-tabús os indicarán sus profundas aficiones.

A fuerza de oír hablar ininterrumpidamente de filosofía, de mística, de literatura, de música, de geografía, de derecho, de la sociedad de las naciones, nuestra mente cobraba una gran flexibilidad y seguía sin desconcertarse aquel ir y venir de la imaginación. Pero, poco a poco, fuimos comprendiendo que todas aquellas cosas que se mezclaban, tendían hacia un punto, hacia un solo centro de gravedad: Dios y la belleza del universo. Aquel aparente desorden no era más que trasunto del supremo ordenamiento de todo, que no se fija en lo parcial, sino que enlaza lo infinitamente grande con lo infinitamente pequeño.

En aquella clase oí hablar por primera vez de la personalidad humana, de su afirmación categórica, de sus fueros eternos; esa palabra se repite allí con bastante frecuencia y monseñor es su apóstol; un humanista, como él, no puede menos de rendir un culto venerable al hombre, síntesis perfecta de la creación; allí está la imagen del Supremo Ser, para eterna memoria de la exaltación humana. Sólo puede ser un hombre perfecto el que se ame fecundamente a sí mismo; nada de menosprecio de nuestra naturaleza; al contrario, constante cultivo de nuestro ser; acendrándose, purificándose, alcanzará por fin su divinización, término que debe perseguir toda existencia.

Después le oí hablar de la vida y de sus misterios, y nos enumeraba los progresos de la técnica; sin menospreciar la mecánica y abrumándose con la contemplación de los descubrimientos a que ha llevado la investigación de la composición de la materia, engrandecía la vida y el organismo, armónica tendencia y desarrollo de las partes en la conservación de un todo, frente a los complicados mecanismos que ha ingeniado la civilización. ¿Cuál era el origen de la

vida?, ¿cómo explicar su movimiento autónomo, la reintegración automática de los seres vivientes, su conservación? ¿De dónde había venido aquélla?, algunos afirmaban que había descendido de algún astro; pero, ¿y cuál era a su vez, el principio de aquélla? Tras de estos interrogantes se iba nuestro pensamiento y un deseo de investigación, un amor al estudio se encarnaban lentamente en nosotros.

Por fin nos habló del mundo invisible; la certidumbre de que éste existe, es lo que ha hecho progresar el mundo; a través de todos los tiempos se han ampliado sus horizontes y sus límites reducidos han crecido poderosamente; ese mundo oculto antes a nuestros ojos, se ha ido revelando, ha sido conquistado lentamente; así la electricidad, las ondas hertzianas, los fenómenos de la radiación, el subconsciente. Tras de nuestra precaria visión humana, se extendían mundos inconquistados, que esperaban el contacto con nuestro pensamiento; citaba entonces las palabras de Hamlet: "Porque hay más cosas en el cielo y en la tierra, de las que son soñadas por vuestra filosofía"; así como en ciertas ciudades dormidas, continuaba, llegan hasta nosotros rumores de una vida apenas presentida, así en este mundo que habitamos, llegan a nuestra conciencia, las voces apagadas de una existencia oculta, pero no por eso menos real, que está clamando por su revelación.

En aquella clase, vimos amanecer en todo su esplendor, el ideal que flota sobre todas las cosas; nunca se detuvieron los ojos sobre un solo objeto, aprisionando la mente en un hermético encierro; al contrario, el observar un ser o un fenómeno, sólo era el punto de partida de más profundas divagaciones. Ya nuestro espíritu había perdido su embotamiento y se cernía con facilidad sobre todo lo que el entendimiento podía penetrar. Al contemplar en una síntesis, cada vez más perfecta, la plenitud del universo, nuestra mente iba descubriendo el divino origen que sobre él resplandece, alcanzando a vislumbrar por sobre todo la fuente inmortal de toda belleza y de toda vida.

El toque de la campana anunciaba el fin de las clases y los estudiantes salían de las aulas; un segundo campanazo señalaba la entrada al refectorio; pero através de los cristales del gabinete de

Música, aún se veía a monseñor, agitarse, accionar hablar. El podría decir como Madame Stäel: "Je ne pense pas quand je ne parle pas."

Quizá monseñor se haya interesado durante la clase por alguna pregunta que le hayáis hecho; a la salida, os invitará a visitarle a la rectoría; allí podréis oírle declamar trozos enteros de la *Divina Comedia*, representar un drama de Maeterlink, hablaros de Goethe, de Pascal, de Bergson; os hablará de Florencia, de una noche pasada en un macizo del Sahara, de una interpretación de la *Gioconda*, de la *Bernardt*; pero no, decidle que os cuente de la *Padoga* negra, de Ucrania, o de los paisajes caucásicos, cuando, a lomo de mula, trepaba por los pedregosos caminos del Kasbek, sombreados por las azaleas.

LA CONCEPCION DEL DERECHO EN UN ALUMNO DE PRIMER AÑO

Por JAIME RAFAEL PEDRAZA VANEGAS, bachiller en Filosofía y Letras de este Colegio Mayor y alumno de nuestra Facultad de Jurisprudencia.

La ciencia del derecho, como disciplina que abarca todas las manifestaciones de la vida social humana, ofrece a quienes se dan a investigar sus bases una multiplicidad de aspectos y una variedad conceptual que atestiguan el esfuerzo continuo de esta ciencia hacia el descubrimiento de lo verdadero y de lo justo, en ese mundo social infinitamente complejo y móvil que es su objeto.

Dada esa movilidad, hay leyes y conceptos que periódicamente tienen que dar lugar a otros, por lo cual la concepción filosófica del derecho preocupa incesantemente a los juristas.

Basta observar el conjunto de la producción jurídica para darse cuenta de la necesidad en que se ven los autores de criticar y de justificar, por sus razones de ser fundamentales, las reglas y selecciones que les ofrecen las leyes y los fallos judiciales.

Por eso es necesaria una apreciación filosófica que controle los resultados obtenidos y los haga utilizables por el derecho, pues consciente o inconscientemente todo este movimiento se desenvuelve en torno a la noción misma del derecho.

¿Pero qué es el derecho?, porque como dice Julien Bonnacase:

"...c'est là le premier problème digne de retenir l'attention d'un aspirant aux grades juridiques...", para luego agregar, que los obstáculos que en la búsqueda de ese concepto se presentan, son de dos clases: de forma y de fondo. A mi modo de ver, estos últimos justifican la enorme variedad terminológica existente, que, por lo demás, es claro testimonio del trabajo continuo en busca del perfeccionamiento del derecho, que he mencionado.

Sin embargo, paréceme que quizás debido a ese mismo esfuerzo por perfeccionarlo se ha producido un caos en el derecho, talvez por los diversos puntos de partida.

Es que se requiere un acuerdo sobre los postulados que dominan la vida de la humanidad y que, por consiguiente deben presidir toda investigación jurídica.

Si recordamos la existencia de leyes que obligan al hombre en su naturaleza física y la de otras que lo hacen en la espiritual, que dan nacimiento a la religión, a la moral y al derecho, disciplinas éstas que a veces se mezclan o combinan en tal forma que sus fronteras se hacen difíciles de reconocer y mantener, quizás comprendamos que el fundamento del derecho no puede existir sino en la naturaleza misma del hombre.

Por lo cual la razón, fundada en los principios superiores, debe reflexionar sobre los datos recogidos por la experiencia, con lo cual, elementos experimental y racional, el hombre construye el derecho.

Esto explica por qué el derecho no es solamente el fruto de los hechos, sino también de un ideal de justicia, tenido por obligatorio.

Como esencialmente humano, el derecho no puede vivir en la región abstracta de la razón pura o de la fantasía, mas no puede ser tampoco, en todo, creación artificial del hombre porque la naturaleza tiene leyes y exigencias que hemos de conocer y obedecer ya que cualquier norma que dictemos contra ellas resulta estéril cuando no perjudicial.

De ahí que nada de lo humano pueda ser extraño al jurista, para que así la justicia humana se confunda con esa aspiración del hombre hacia la justicia infinita, hacia el bien supremo.

Esto nos lleva a afirmar que el derecho positivo debe ser adecuado a la naturaleza humana, lo cual explica la necesidad que hay